

Navidad, 10 de Enero:

El Espíritu de Jesús, que en Navidad se nos da a cada uno

Texto del Evangelio (Lc 4,14-22): En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. Él iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos.

Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor».

Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en Él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy». Y todos daban testimonio de Él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

Comentario: 1. Hoy recordamos en la primera lectura de los años pares (ciclo II) que «quien ama Dios, ame también a su hermano» (1Jn 4,21). ¿Cómo podríamos amar a Dios a quien no vemos, sin no amamos a quien vemos, imagen de Dios? Después que san Pedro renegara, Jesús le preguntó si le amaba: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (Jn 21,17), respondió. Como a san Pedro, también a nosotros nos pregunta Jesús: «¿Me amas?»; y queremos responderle ahora mismo: «Tú lo sabes todo, Señor, tú sabes que te amo a pesar de mis deficiencias; pero ayúdame a demostrártelo, ayúdame a descubrir las necesidades de mis hermanos, a darme de verdad a los otros, a aceptarlos tal como son, a valorarlos».

La vocación del hombre es el amor, es vocación a darse, buscando la felicidad del otro, y encontrar así la propia felicidad. Como dice san Juan de la Cruz, «al atardecer seremos juzgados en el amor». Vale la pena que nos preguntemos al final de la jornada, cada día, en un breve examen de conciencia, cómo ha ido este amor, y puntualizar algún aspecto a mejorar para el día siguiente.

2. «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18), dirá Jesús, haciendo suyo este texto mesiánico. Es el Espíritu del Amor que así como hizo del Mesías el «ungido para llevar la buena nueva a los pobres» (cf. Lc 4,18), también “reposa” encima nuestro y nos conduce hacia el amor perfecto: como dice el Concilio Vaticano II, «todos los fieles, de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad». El Espíritu Santo nos transformará como hizo con los Apóstoles, para que podamos actuar bajo su moción, otorgándonos sus frutos y, así, llevarlos a todos los corazones: «El fruto del Espíritu es: caridad, paz, alegría, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (Gal 5,22-23).

3. La liturgia nos ha llevado estos días de Navidad por caminos de esperanza y de alegría, de apertura al portador de la luz, del Espíritu Santo que hoy predica en su pueblo. María es modelo de este dejar actuar al Espíritu divino:

a) Dios «miró la pequeñez de su esclava»; pero es que ella estaba atenta, a la escucha con fidelidad y entrega: si siempre había estado pendiente del Señor, después de la embajada esa entrega creció sobremanera. De esa apertura a la esperanza por la que recibe el Espíritu y a Jesús, ella está llena de gracia, y de ahí viene su alegría.

b) En la Visitación a su pariente: oye estas «bendita tú entre las mujeres». ¿porqué?: «porque has creído». Ante la presencia de la Virgen, Isabel también se llena del Espíritu Santo; el niño de sus entrañas, salta de gozo. Y llena del Espíritu Santo, que le ha cubierto con su sombra, entona María el Magnificat, ese cántico de alabanza al Señor, agradeciendo su infinita misericordia: «Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador». Ambas, llenas de una gran esperanza, aguardan los nacimientos del Precursor y de Jesús.

Ahora, al ver a Jesús ya hecho un hombre, oírle decir que el Espíritu le lleva, nos va la imaginación a Belén, donde hemos celebrado que nació la noche de Navidad. Los santos proclaman: “Vultum tuum, Domine, requiram!”: ¡tengo deseos ardientes de verte cara a cara, Señor! Los pastores después de recibir aquel anuncio exultante de los ángeles se dicen lo mismo: vayamos y veamos. Hoy queremos ver, contemplar, conocer el modo divino de salvarnos y vemos un Niño. « Puer natus est nobis, Puer datus est nobis », repite la liturgia. El amor busca ver, contemplar. Ya había sido profetizado que el Mesías sería un niño: “Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo”... y – explicando esas profecías el Espíritu que hoy anuncia que está sobre Él- ese ungido por el Espíritu se llamará maravilloso consejero, Dios fuerte, Príncipe de la paz, Padre sempiterno (Isaías 9, 6-7). Como dijo el Ángel a José, será Emmanuel, “Dios con nosotros”, y a la Virgen: Hijo del Altísimo y se le dará el trono de David, Jesús: “Dios salva”. En Belén ha comenzado una nueva lógica entre los hombres: la lógica divina, que es lógica de amor y de humildad, y hoy la vemos proclamada por Jesús en el comienzo de su enseñanza. El Dios de majestad y poder, prefiere manifestarse en debilidad, porque el todopoderoso Dios es sobretodo Amor.

“El Espíritu sobre mí...” Nosotros también lo pedimos: “que caiga tu luz sobre mí, Señor, que venga tu Espíritu”. Estos días de la Epifanía queremos verle en la “grandeza de un Niño que es Dios: su Padre es el Dios que ha hecho el cielo y la tierra, y El está ahí, en un pesebre (...) porque no había otro sitio en la tierra para el dueño de todo lo creado. No me aparto de la verdad más rigurosa, si os digo que Jesús sigue buscando ahora posada en nuestro corazón...Hemos de pedirle la gracia de no cerrarle nunca más la puerta de nuestra alma” (S. Josemaría Escrivá, homilías I, 18). También se lo pedimos a la Santísima Virgen, que nos muestra el Niño, y nos anima a atrevernos.

La Navidad es la gran fiesta de la filiación divina, y por eso de la alegría, pues Dios nos ama siempre, hagamos lo que hagamos. Hemos de desterrar todo temor y toda intranquilidad, pues a partir de que Dios se hace Hombre, no hay nada que pueda intranquilizar a los hombres, pues no hay nada que pueda quitarnos la paz, pues la falta de amor, el pecado, puede siempre arreglarse, correspondiendo al amor de Dios que siempre se nos ofrece, tan manifiesto, tan patente en Navidad.

Los pastores "tuvieron gran temor" ante la claridad de Dios que les cercó de resplandor, pero oyen del ángel: "No temáis....os anuncio un gran gozo", lección de paz y de alegría, que pide de inmediato una respuesta: y Él no desea meros ritos, sino el corazón: Él, ofreciéndose a cumplir la voluntad de Dios con plena disponibilidad: "Sacrificios y ofrendas y holocaustos por el pecado no quisiste... entonces dije: Heme aquí que vengo, para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Heb. 10-5-10), nos pide lo mismo. Dios no se satisface con sacrificios de cosas, pues es el dueño de todo: quiere el sacrificio de nuestra propia persona, de nuestra libertad, para que voluntariamente le amemos y así seamos felices.

Pero los hombres no eran capaces de comprender que esa era su felicidad, y andaban extraviados. Hoy, una buena parte de la humanidad, sigue extraviada, sin saber ni llegar a comprender la verdadera felicidad que nos trae Jesús en la Navidad. Y Dios,

que se compadece de todos, en su misericordia busca a todos, se humilla, para levantarnos a nosotros.

Nuestra respuesta al Espíritu ha de ser generosa, es decir:

Con humildad a toda prueba que nos debe hacer olvidarnos de nosotros mismos para sentirnos y actuar como servidores de Dios y de los demás.

Con fe firme en que el Señor vendrá y nos salvará. Está junto a nosotros siempre que le llamemos, y nos llama de continuo, ese es el mensaje de su Nacimiento.

Con disponibilidad a la Voluntad de Dios, con aquella obediencia con que la Virgen fue dócil.

Con desprendimiento de los bienes materiales, pues Cristo viene al mundo prescindiendo de ellos.

Entrando en estas lecciones de la Navidad podremos participar de la Pascua, de la Eucaristía donde se condensa toda la vida de Jesús, y hacerla nuestra. Son lecciones muy marianas, y por eso acudimos a la intercesión de nuestra Madre: Salve, por ti resplandece la dicha; / Salve, por ti se eclipsa la pena. / Salve, por ti la creación se renueva; / Salve, por ti el Creador nace niño". Ella nos llevará a esa humildad y pobreza, obediencia y templanza, servicio y alegría, justicia y piedad, a ese amor hecho vida con el que engendró a Jesús.